

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

16

ARNOLD TOYNBEE
EL HEMISFERIO OCCIDENTAL EN UN
MUNDO CAMBIANTE



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

**EL HEMISFERIO OCCIDENTAL EN UN
MUNDO CAMBIANTE**

Arnold Toynbee



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA**

Arnold J. Toynbee (1889-1975), filósofo de la historia de los últimos tiempos. *Estudio de la Historia* es la gran obra del filósofo británico. Una visión gigantesca y exhaustiva de la historia de la humanidad en la que se ve el nacer y el desaparecer de diversas civilizaciones. La civilización occidental está, por ello, condenada a desaparecer. Sin embargo, y en esto Toynbee se distingue de su antecesor Oswald Spengler, esta civilización que se ha caracterizado por su capacidad expansiva sobre el resto del mundo puede sobrevivir, mantenerse viva, a través de los valores que la misma ha aportado y que muchos pueblos reclaman ya como suyos. Arnold Toynbee visitó México en 1953. La Universidad Nacional Autónoma de México le otorgó el doctorado *honoris causa*. Fue este su primer gran contacto directo con la América Latina. Contacto que completará, después, en su visita a otras regiones de esta misma América. La América Latina aparecía en el conjunto de su gran obra, pero sin un análisis especial sobre la misma. A su regreso a Londres, en el mismo año de 1953, ofrece una conferencia sobre sus experiencias en México en la BBC de Londres. Pero será en 1962 que, en la Universidad de Puerto Rico ofrecerá tres conferencias sobre la *Economía del hemisferio occidental*, la primera de las cuales ofrecemos aquí, conferencias que fueron discutidas, entre otros, por Arturo Uslar Pietri, Daniel Cosío Villegas, Felipe Herrera y José Gaos. La experiencia de México es central en las mismas, a la que se agregarán sus visitas a otras naciones de esta América.

EL HEMISFERIO OCCIDENTAL EN UN MUNDO CAMBIANTE

Arnold Toynbee

“La economía del hemisferio occidental” es el tema que la Universidad de Puerto Rico y la Fundación Weatherhead han escogido para que yo lo presente en estas conferencias, y para que este grupo de distinguidos hombres de estudio lo discuta. La Universidad y la Fundación han tenido la consideración de limitar nuestro campo. Aun así, los límites que nos han puesto son muy anchos. Y con todo, comenzaré por salirme de estos límites. Me siento obligado a hacerlo por los cambios que el mundo está sufriendo en nuestro tiempo. A juicio mío, ya no es posible tratar la economía aisladamente de otros aspectos de la vida humana, o tratar uno de los hemisferios aisladamente del resto de la superficie del globo. El capítulo de la historia de la humanidad en el cual hemos entrado ahora es global en todo sentido. Intentar estudiarlo globalmente es, sin duda, una formidable tarea intelectual. Sin embargo, si intentamos aligerar esta tarea escindiendo la indivisible realidad de los asuntos humanos en compartimientos artificiales, simplificaremos nuestra imagen deformándola - y no podemos permitirnos el lujo de hacerlo.

En todo el mundo se da actualmente una tensión entre los requerimientos de eficiencia económica y las demandas de justicia social. Esta es, sin duda, la esencia de la situación económica actual en América Latina. Yo creo que también está latente en la situación económica de los Estados Unidos. Pretender considerar la economía *in vacuo*, independientemente de su fundamental juego recíproco con la justicia social, nada aclararía, porque no sería un enfoque realista.

Tampoco sería razonable examinar hoy al hemisferio occidental independientemente de sus relaciones económicas, militares, políticas y morales con el resto del mundo.

Desde hace ya casi un siglo existe un mercado mundial para los productos latinoamericanos, mineros y agrícolas. El precio mundial de estos productos es vitalmente importante para los pueblos de América Latina, porque el ingreso proveniente de la venta de estos productos en el exterior es prácticamente su único medio de pago para las importaciones que han llegado a ser un elemento indispensable en su economía. Como sabemos, los precios mundiales de las materias primas fluctúan y estas fluctuaciones han tenido a veces efectos desastrosos sobre la economía, y por consiguiente sobre la vida social y política de los países exportadores. Como el principal cliente para los productos básicos de los países latinoamericanos tropicales es Estados Unidos, estos países han estado presionando a Estados Unidos para que coopere con ellos en la estabilización de los precios de sus exportaciones fundamentales. Hasta hace poco, por lo demás, Estados Unidos ha estado mal dispuesto a aceptar esta insinuación latinoamericana, y la existencia de un mercado mundial ha sido el principal argumento de Estados Unidos para mantener su actitud negativa en una cuestión que es de tanta importancia para sus asociados latinoamericanos. Esta respuesta de Estados Unidos puede ser o no satisfactoria. Tocaré de nuevo esta cuestión en mi próxima conferencia. Por el momento, estoy simplemente señalando que hay, de hecho, un mercado mundial, y que su existencia afecta las relaciones comerciales dentro del hemisferio occidental.

El mundo entero ha sido un solo mercado para algunos artículos claves desde la segunda mitad del siglo diecinueve. Desde 1948, cuando la Unión Soviética fabricó la bomba atómica a continuación de Estados Unidos, el mundo entero se ha convertido también en un solo matadero. Hoy se podría lanzar una bomba nuclear desde cualquier punto de la tierra o del aire, o del espacio exterior, a cualquier otro punto de la tierra. En la era de las bombas atómicas llevadas por cohetes, no puede existir la defensa hemisférica ni cosa semejante. El matadero es global, y ahora todo está listo para ser usado al instante. ¿Existe alguna posibilidad de que la humanidad se abstenga de usarlo para un suicidio en masa? No hay po-

sibilidad de que seamos capaces de reducir la escala del matadero atómico a dimensiones menores. El progreso de la tecnología ha expandido ahora todas las operaciones humanas, incluyendo el genocidio, a una escala mundial. Por otro lado, existe una posibilidad de que, sin cambiar la escala del edificio, podamos cambiar su uso. Quizas seamos capaces de transformarlo de un matadero global para todo el género humano en un hogar global para él. Este cambio de uso sería extremo; pero la invención del arma atómica ha confrontado a la humanidad con esta alternativa extrema entre la entrega al suicidio en masa y el aprender a vivir juntos como una sola familia. Mi punto es que, ya elijamos la vida y el bien, ya la muerte y el mal, nuestra elección indudablemente tendrá un alcance mundial.

¿Existe algún movimiento en el mundo contemporáneo que nos permita esperar que vamos a decidir salvarnos del suicidio, viviendo en el futuro como una sola familia? Hay un movimiento mundial en el presente que se orienta de hecho en esta dirección, y este movimiento es, a mi entender, con mucho lo más importante y significativo que está ocurriendo en el mundo de hoy —algo mucho más importante y significativo que la actual competencia entre ideologías y Estados rivales que mantiene ocupada la atención tanto de la Unión Soviética como de Estados Unidos. Hay un movimiento en marcha para brindar los beneficios de la civilización a la inmensa mayoría del género humano que ha pagado su precio sin participar en sus beneficios, durante los primeros cinco mil años de existencia de la civilización. Este es un movimiento mundial, y América Latina es una de las regiones en las que se manifiesta más claramente. Es, yo creo, el primer motor que está detrás de casi todo lo que está sucediendo ahora en la América Latina contemporánea en casi todas las esferas de la actividad humana. Hasta nuestros días, en todos los lugares del mundo civilizado la injusticia social extrema ha sido la regla. América Latina no ha sido original como ejemplo de ello. América Latina, sin embargo, quizás ha tardado más que algunas otras partes del mundo occidental —por ejemplo, Estados Unidos, Canadá, Europa Noroccidental, Nueva Ze-

landia y Australia— en rebelarse contra esta antigua enfermedad profesional de las llamadas sociedades civilizadas. América Latina, a su vez, se está rebelando ahora contra la injusticia social. Este despertar moral es la levadura que está produciendo la fermentación revolucionaria en la América Latina de hoy. En América latina este movimiento estaba, sin duda, retrasado pues en ella antes del siglo veinte el grado de injusticia social era extremado. Por otra parte, algo había en la tradición latinoamericana que respondía a este movimiento, y era la fina percepción latinoamericana del carácter único y de la dignidad de las personas humanas.

Creo que aquí hemos puesto al descubierto la fuente misma del movimiento hacia la justicia social que va inundando el mundo en nuestro tiempo. Este rasgo particular de la tradición latinoamericana es obviamente un legado de la tradición española y portuguesa, y ésta deriva de las tradiciones cristianas y musulmanas. La cristiandad y el islam, como las otras religiones misioneras, creen en el valor absoluto de todo ser humano, independientemente de su pobreza o riqueza y de su insignificancia o eminencia en la sociedad. La justicia social bajo la forma de justicia espiritual ha sido siempre sostenida por la Iglesia cristiana. Pero en el siglo dieciocho la demanda por la justicia social en la cristiandad occidental rebalsó de las religiones hacia la provincia secular de la vida social. Algunas de las nuevas manifestaciones seculares del movimiento fueron la filosofía dieciochesca de la Ilustración en Francia y otros países europeos continentales, el movimiento antiesclavista en Gran Bretaña y las revoluciones norteamericana, francesa y latinoamericanas contra el antiguo régimen europeo.

Si el movimiento por la justicia social se hubiera propagado dentro del campo secular en cualquier época más temprana en la historia de la humanidad, habría sido utópico. Antes del siglo diecinueve, el género humano no poseía la capacidad de producción necesaria para distribuir los beneficios de la civilización entre más de una pequeña minoría privilegiada. Desde el siglo diecinueve,

hemos visto un incremento progresivo en la productividad económica como resultado de la aplicación de la ciencia a la tecnología; y es esto lo que ha cambiado la visión de la justicia social para todos los seres humanos - la secular así como la religiosa-, que de un sueño utópico que era ha llegado a ser una ambición razonable. En los últimos doscientos años el incremento de la productividad mediante la aplicación de la ciencia ha llegado ya lejos, pero aparentemente esta revolución tecnológica está aún en su infancia. La tecnología es, por cierto, una fuerza éticamente neutral. El creciente poder que coloca a disposición del hombre puede ser usado, a voluntad, para el bien o para el mal. Ya vemos cómo podemos usarlo para entregarnos al suicidio en masa. Pero, si nos decidimos a usar nuestro nuevo y enorme poder para crear en vez de destruir, entonces no hay duda de que una tecnología en progreso nos capacitará finalmente para ofrecer una justicia social substancial a todo el género humano, si así lo queremos.

La palabra “finalmente” es fundamental en este contexto. Si evitamos entregarnos al suicidio en masa, el logro eventual de la gloriosa meta de la justicia social universal puede ser una certidumbre. Pero también es seguro que el camino que conduce hacia esta meta será largo y áspero, y es probable que suframos muchas frustraciones y reveses en la ruta. Hemos sufrido ya un buen número de contratiempos y, aquí también, la experiencia de América Latina ha sido una buena muestra de la de toda la humanidad. La cornucopia ya existe; pero no resultará fácil hacerla engendrar abundancia para todos en todas partes del mundo.

He aquí algunos de los obstáculos que han de ser superados. La tecnología no puede ser puesta en marcha a menos que se tenga el número necesario de técnicos y administradores expertos. Ya los hay en cantidad suficiente en las regiones donde hizo su explosión inicial la Revolución Industrial. Pero ésta es sólo una pequeña porción del mundo. La difusión mundial de la habilidad tecnológica y de la eficiencia administrativa tomará tiempo. Y tampoco basta, por sí sola, para hacer que la

tecnología moderna produzca su fruto. Para que ésta dé su fruto se necesita, no solamente un puñado de hábiles expertos, sino toda una población de hombres y mujeres instruidos. La difusión universal de la educación, aun de la educación elemental, tomará todavía tiempo, pues hasta hace poco la gran mayoría de la humanidad ha sido analfabeta. La educación universal es menos difícil de establecer en las ciudades que en el campo, y aunque el desplazamiento de la población mundial del campo a las ciudades en rápido crecimiento es uno de los mayores cambios sociales en nuestro tiempo, así y todo, la mayoría del género humano vive aún en el campo, y continuará viviendo en él por mucho tiempo, tanto en América Latina como en Asia y Africa. Y, a menos que la educación universal se desarrolle en el campo como en las ciudades, y hasta que ello no ocurra, la productividad de los trabajadores agrícolas del mundo seguirá siendo baja. Carecerán de la habilidad especial y de la ilustración general que se requieren para la aplicación efectiva de la ciencia moderna a la producción agrícola. Tampoco dispondrán de los medios, puesto que el campesino tradicional ha vivido siempre al borde de la mera subsistencia. No posee el capital necesario para equipararse y hacer producir a la tierra todo lo que puede dar. El capital tendrá que venir de alguna otra parte, ya sea en calidad de préstamo o de regalo. Y la reserva de capital del mundo es actualmente insuficiente. Aun los países prósperos, que son una pequeña minoría, han acumulado hasta ahora escasamente el capital suficiente para financiar la extensión de la justicia social a la totalidad de sus propios pueblos, y no hablemos de su financiamiento para el mundo entero.

De todos estos obstáculos que se hallan en el camino de la justicia social, encontramos impresionantes ejemplos en la situación actual de tal o cual país latinoamericano. La fuente última que tiene la humanidad para aumentar la productividad está en la aplicación de la industria humana a la tierra potencialmente fértil pero hasta ahora mal aprovechada. La población está hoy aumentando más rápido en América Latina que en ninguna otra región. Crece en promedio a razón de un 2.5% anual, en contraste

con un crecimiento de sólo 1.6% en Asia. En América Latina, el déficit agrícola es también excepcional. Haití y Santo Domingo son tal vez las dos únicas repúblicas latinoamericanas en las que el déficit es tan agudo como en la mayoría de los países asiáticos. Comparado con lo que es normal en Asia, el déficit en Chile equivaldría a un amplio patrimonio, y las reservas de tierras existentes en las otras diecisiete repúblicas latinas serían fabulosas. Sin embargo, la existencia de una gran reserva de tierras de cultivo potencialmente ricas no dispensa, por cierto, una instantánea prosperidad al país que ha tenido la suerte de heredar estos bienes económicos. Un ejemplo elocuente de ello es el de Bolivia —país cuya comprometida situación económica actual es tal vez la peor en toda la América Latina contemporánea.

Aún después del revés sufrido en la Guerra del Chaco de 1932-5, Bolivia tiene tierras bajas tropicales, al este de los Andes, que abarcan alrededor de los tres quintos de su territorio actual. Estas tierras bajas aún están casi inhabitadas e inexploradas. Son capaces de producir, en enormes cantidades, aquellos frutos tropicales para la exportación que son la fuente principal, hasta ahora, de divisas extranjeras de los países tropicales latinoamericanos. Sin duda, el precio mundial de estas materias primas tropicales podría bajar si se pusiera de pronto en producción una gran superficie nueva. De todos modos, el precio mundial de estos productos fluctúa, a veces con desastrosos efectos en la economía de los países productores. Sin embargo, aun cuando concedamos en esto disminuciones probables de las ganancias, la apertura de las tierras bajas tropicales y vírgenes de Bolivia sería altamente provechosa para ella; y estas nuevas entradas le procurarían las divisas extranjeras de las que ahora experimenta una desesperada escasez para mantener en marcha su economía. Esta escasez se debe a que el antiguo mercado mundial para su estaño se ha derrumbado, y a que sus reservas de estaño están por agotarse a corto plazo.

Una necesidad económica más imperativa para Bolivia que la producción de materias primas exportables es establecer una fuente doméstica de abastecimiento alimenti-

cio para La Paz y sus demás ciudades. Este abastecimiento provenía tradicionalmente de las haciendas del antiguo territorio agrícola del altiplano andino de Bolivia. Dichas haciendas no eran cultivadas intensiva o científicamente, pero producían un excedente de alimentos porque eran empresas en gran escala. Las haciendas abastecían las exóticas ciudades bolivianas a expensas de la densa población agrícola india del altiplano. El nivel de vida de los labradores indios en las haciendas era penosamente bajo; como lo era el de aquellas comunidades indias cuyas tierras las haciendas no habían incorporado. La escasez de tierras entre los agricultores de subsistencia indígena que aún quedaban era aguda cuando un puñado de liberales urbanos hizo la revolución boliviana de 1952. El nuevo régimen nacionalizó las minas de estaño, pero no tuvo la intención de dividir las haciendas en lotes que no fueran unidades viables de producción agrícola. Sin embargo, el campesinado indio tomó prácticamente el control de la revolución y llevó a cabo arrolladoras incautaciones de tierras y edificios. Llegaron hasta obligar al gobierno boliviano a introducir una cláusula de escape en la ley agraria del 2 de agosto de 1953, permitiendo que la tierra fuera dividida en lotes más pequeños que el *mínimum* prescrito si resultaba que no había tierras suficientes para proveer de tenencias, de este tamaño viable, a todas las familias rurales que carecían de ellas. No había bastantes; por consiguiente, en las antiguas regiones cultivadas del altiplano la tierra ha sido subdividida a tal punto que se ha reducido seriamente la producción. El abastecimiento alimenticio de las ciudades bolivianas ahora tiene que venir del exterior, y este nuevo renglón de alta prioridad en la lista boliviana de compras al exterior ha contribuido, junto con la pérdida de ingresos extranjeros de la exportación de estaño, a que Bolivia caiga en la inflación monetaria. El país ha llegado a esta situación a pesar de recibir una ayuda económica substancial y continua de Estados Unidos.

Si no me equivoco, esta ayuda de Estados Unidos ha sido dirigida, hasta ahora, primordialmente a aquellos sectores de la economía boliviana que ya son modernos y que por consiguiente ya están en contacto con el mer-

cado mundial. No ha filtrado aún hasta el aplastado campesino del altiplano; y no ha empezado todavía a aplicarse al cultivo de las potencialmente ricas tierras vírgenes orientales. La utilización de éstas es el último remedio que queda para contrarrestar el doble golpe económico que Bolivia ha sufrido con el derrumbe de su industria minera del estaño y con la paralización de las haciendas productoras de alimentos del altiplano. Pero los obstáculos para esta cura radical de la enfermedad económica actual de Bolivia son formidables.

En primer lugar, tendrían que hacerse grandes y costosas obras públicas preliminares. Se tendría que talar el bosque tropical; tendrían que abrirse caminos y otros medios de comunicación bajo condiciones de suelo y clima que hacen la construcción y el mantenimiento de caminos y líneas férreas dificultosos y costosos. Habría que atraer capital extranjero para el financiamiento, y las perspectivas del negocio no serían seductoras, puesto que no habría esperanzas de un resarcimiento rápido del desembolso. Luego habría que encontrar colonos para poblar estos recién abiertos territorios de tierras bajas y para cultivarlos. La fuente más indicada para obtener esta indispensable provisión de potencial humano sería, por cierto, la densa población india campesina del cercano altiplano. Si estas pobres gentes pudieran ser transformadas, de primitivos agricultores de subsistencia, que es lo que son ahora en el altiplano, en hábiles productores de cultivos comerciales en las tierras bajas, dejarían de ser una carga económica para Bolivia pudiendo llegar a ser en cambio un haber económico para ella. Pero ¿se les podrá persuadir, aun con la perspectiva del mejoramiento de su nivel de vida, a que abandonen su *habitat* y sus hábitos antiguos? Una de las razones de la derrota de Bolivia en la Guerra de Chaco fue que sus soldados, reclutados en el templado altiplano, no podían soportar el clima tropical de las tierras bajas donde se combatía. La aclimatación es difícil, no sólo físicamente, sino psicológicamente. Es concebible que las tierras bajas tropicales de Bolivia, cuando finalmente estén abiertas, sean pobladas no por indios del altiplano boliviano sino por colonos del sur de Europa: italianos —digamos—, españoles o ambos. En

ese caso, el país en general sin duda se beneficiaría económicamente, pero la densa población indígena actual de agricultores de subsistencia del altiplano continuaría siendo el problema, para sí misma y para todo el país, que es actualmente.

La historia de Bolivia desde 1952 ejemplifica tanto la fuerza de la demanda actual de justicia social como la posible dificultad de controlar sus consecuencias económicas. En Bolivia, los liberales de clase media que iniciaron la revolución han sido prontamente sobrepasados y arrollados por una cruda revuelta campesina. Ante ello, el actual régimen liberal minoritario de clase media, en cooperación con la ayuda de Estados Unidos, ha estado tratando de estabilizar el sector de la economía boliviana que está orientado hacia el mercado mundial. Al llevar adelante esta política económica ortodoxa, "han frustrado algunas de las esperanzas inmediatas de los grupos revolucionarios".¹ De hecho, los liberales han tratado de dar preferencia a la eficiencia económica sobre la justicia social; y esto es quizás característico de la actitud de la clase media, no sólo en América Latina sino en todas partes. En Bolivia, sin embargo, estos paladines burgueses de la eficiencia económica han estado dando una batalla perdida.

En Bolivia la demanda de justicia social de las masas ha triunfado, hasta ahora, sobre los esfuerzos de la clase media por establecer la eficiencia económica. Allí la clase media es menos numerosa que en la mayoría de los demás países latinoamericanos, mientras que los indios parecen haber producido más dirigentes dinámicos y haber mostrado una mayor capacidad de acción concertada que en cualquier otra parte. Pero la fuerza explosiva de la demanda de justicia social no es un fenómeno exclusivamente boliviano; se ha manifestado, por ejemplo, en México y Guatemala, así como en Cuba. El

¹ R. W. Patch, "Social change in Latin America Today." En *Council on Foreign Relations*, New York, 1961, pp. 157-8.

resultado ha sido diferente en cada caso, pero la naturaleza y las circunstancias de la explosión inicial han sido las mismas en todos ellos. En los cuatro casos, elementos liberales de clase media iniciaron una revolución rebelándose contra un régimen anterior que había forzado el paso del desarrollo económico del país otorgando oportunidades atrayentes a las empresas extranjeras. Los revolucionarios liberales de clase media pensaban y esperaban llegar a ser los amos en su patria. Pero la explosiva demanda de justicia social venida de abajo los sobrepasó. En Bolivia, como se ha señalado, hasta ahora los liberales han estado dando una batalla perdida en defensa de la ortodoxia económica. En Guatemala y Cuba se pusieron a la cabeza de la revolución de masas que habían precipitado. En México obraron clandestinamente, aguardando su oportunidad, y consiguieron más tarde asumir el mando sin provocar hasta ahora una reacción violenta de las masas contra ellos, después de haber tenido que dejar a la revolución de masas seguir su curso durante treinta años.

La línea popular asumida por los revolucionarios de clase media en Guatemala y Cuba planteó rápidamente una cuestión política que excitó tan poderosas pasiones, tanto localmente como en Estados Unidos, que desplazó completamente tanto a la cuestión de la justicia social como la cuestión económica. Los hechos mismos se discuten acalorada e interminablemente. No hay acuerdo sobre hasta qué punto el presidente Arbenz y el primer ministro Castro se comprometieron con los comunistas locales y con la Unión Soviética. No hay acuerdo en cuanto a si el derrocamiento del régimen de Arbenz en Guatemala por la contrarrevolución de 1954 se debió o no a la intervención subrepticia de Estados Unidos, semejante a la que se vio con relación a Cuba en 1961, cuando abortó una tentativa de contrarrevolución secundada por Estados Unidos. En Cuba, la revolución actual en nombre de la justicia social está todavía en una etapa temprana que no podemos aún prever sus posibles futuros efectos sobre el resto de América Latina. La correspondiente revolución en Guatemala ha sido reprimida por el momento. Así, dejaré a un lado, por un rato,

tanto la revolución guatemalteca como la cubana, y me ocuparé de la revolución mexicana. Esta es mucho más ilustrativa hoy, porque ya ha tenido un desarrollo de más de medio siglo y ha atravesado una serie de fases claramente discernibles.

Sin embargo, quiero anotar, de paso, un punto significativo acerca de la historia de Guatemala desde la contrarrevolución de 1954. El cuerpo político de la revolución de Arbenz puede estar desintegrándose en su tumba, pero aparentemente su alma sigue marchando incólume. Su alma, a mi juicio, es la demanda de justicia social, y el actual régimen contrarrevolucionario ha puesto en obra una de las medidas del derrocado régimen de Arbenz para lograr la justicia social —y lo ha hecho con la ayuda de la United Fruit Company norteamericana. Uno de los agravios populares que precipitó la revolución guatemalteca de 1944 fue la tenencia por parte de la United Fruit Company de grandes reservas en las tierras bajas inexploradas del Pacífico, mientras la población campesina de Guatemala estaba sufriendo agudamente de escasez de tierras. La United Fruit Company ha transferido desde entonces una gran parte de sus reservas en esta región al actual régimen contrarrevolucionario para que continúe el trabajo de colonización que el régimen revolucionario anterior había iniciado. Esto es un prudente reconocimiento de la fuerza persistente de la demanda de justicia social en Guatemala. Es también una tentativa de satisfacer, por lo menos parcialmente, esta demanda sin sacrificar la eficiencia económica, pues las tierras bajas de Guatemala en la costa del Pacífico son el equivalente económico de las tierras bajas orientales de Bolivia. Ellas son Eldorado del país cuyo desarrollo podrá, tal vez, permitir hacer frente finalmente a las exigencias tanto de la eficiencia económica como de la justicia social, sin tener que sacrificar ninguno de estos objetivos para lograr el otro. Pero el punto que quiero ilustrar ahora con el caso de Guatemala es que no se puede eliminar la demanda de justicia social por medio de una contrarrevolución política. Como dijera agudamente uno de los estadistas reaccionarios de la Europa postnapoleónica: “Se puede hacer todo con las bayonetas, menos sentarse en ellas.”

El primer capítulo de la historia de México después de la revolución de 1910 es idéntico al de Bolivia desde la revolución de 1952. Un régimen revolucionario y liberal de clase media fue sobrepasado y arrollado por una mucho más revolucionaria y dinámica demanda de justicia social por parte del campesinado y de los obreros industriales. Los revolucionarios liberales de clase media se vieron obligados a apelar a las masas. Sin el apoyo de éstas, no podrían haberse impuesto sobre los antiguos amos del país: los grandes terratenientes, la Iglesia católica, los inversionistas extranjeros. Los liberales se encontraron con que habían conjurado una fuerza demasiado fuerte y explosiva, que escapaba a su control. A los liberales mexicanos de clase media no les gustaba ni el socialismo ni la redistribución de la tierra. Sus objetivos no habían sido éstos; habían querido liberar a México del control del capitalismo extranjero y restablecer la democracia política. Pero cuando, en 1917, los liberales pensaron poner nuevamente en vigencia la Constitución de 1857, anticuada porque vindicaba la democracia en términos puramente políticos, los representantes de las masas revolucionarias lograron introducir amplias disposiciones de justicia social en la nueva constitución; y más tarde consiguieron colocar sus propios representantes en el poder para poner en obra estas provisiones de la nueva constitución. Durante los veinte años que van de 1920 a 1940 México estuvo bajo el gobierno de tres presidentes sucesivos —Obregón, Calles y Cárdenas—, todos ellos de orígenes humildes. Calles hizo mucho por los obreros industriales; su sucesor Cárdenas hizo quizás más aún por los campesinos. Durante el gobierno de Cárdenas se realizó una extensa redistribución de los latifundios mexicanos en lotes asignados a los campesinos bajo el régimen jurídico de ejidos. A semejanza de los lotes que la revolución agraria de Tiberio Graco asignó a los campesinos extrayéndolos de los latifundios italianos en el siglo segundo a. d. C., los ejidos mexicanos no eran propiedad de los usufructuarios, ni eran enajenables a voluntad por los campesinos, quienes los tenían del gobierno nacional en calidad de comodatarios.

La historia de la revolución mexicana hasta el fin de

la presidencia de Cárdenas es bien conocida. La nota característica de esta fase fue que, mientras duró, se le dio preferencia a la justicia social sobre otras consideraciones, incluyendo la eficiencia económica. La revolución mexicana es oficialmente una revolución permanente; y en cierto sentido este título se justifica, porque la nueva fase que se abrió con la toma de mando del presidente Camacho ha sido también revolucionaria. Sus éxitos revolucionarios se han logrado, sin embargo, en otro campo, el del progreso económico. Desde 1940 le ha tocado el turno a éste, y se le ha estado dando precedencia sobre otros asuntos, incluyendo la justicia social. La segunda fase de la "revolución permanente" de México ha guardado, de hecho, menos semejanza con la primera fase que con la anterior dictadura de Porfirio Díaz, contra la cual la primera fase de la revolución se rebeló conscientemente.

Las realizaciones económicas del México revolucionario desde 1940 han sido en verdad impresionantes. Podría juzgarse que Bolivia, Guatemala y Cuba han andado acertadas económicamente si algún día logran hacer siquiera la mitad o la cuarta parte de lo que México ha realizado ya en el campo. Entre 1945 y 1957, el producto nacional bruto de México se ha doblado, y la producción por obrero ha aumentado durante el mismo período en un 35 %. Entre 1939 y 1957 la producción industrial mexicana aumentó en un 130 %; y ha sido igualmente impresionante el progreso similar de la producción agrícola. Esta se ha más que doblado en el campo de la agricultura comercial (sin contar el sector agrícola de subsistencia) entre 1945 y 1957. Y es notable que este incremento de la producción excedió el incremento de la superficie cultivada, que sólo aumentó en 69 %. Esto significa que en las áreas últimamente desarrolladas la agricultura se estableció sobre nuevas bases, se maneja con nuevos métodos y se dedicó a cultivos comerciales. La proporción de la superficie cultivada total irrigada ascendió de un 28 % en 1910 a cerca del 33 % en 1955. La mayor parte del gran incremento en cultivos comerciales consistió en productos de exportación.

El rasgo más porfirista de esta segunda fase de la revolución mexicana ha sido la magnitud de la participación y de la contribución extranjera en ella. Y esta vez, Estados Unidos ha sido con mucho el mayor participante y contribuyente. Durante estos años una fuente importante de los ingresos mexicanos en divisas extranjeras se hallaba en las visitas anuales de los trabajadores agrícolas mexicanos de temporada a Estados Unidos y de los turistas norteamericanos a México. Los turistas norteamericanos han gastado en México sumas que alcanzan a un 70 % de las exportaciones mexicanas. En el curso de los años 1945 a 1957 hubo un fuerte aumento en el monto de la inversión extranjera en México, y en 1957 alrededor del 80 % del total procedía de Estados Unidos. Entre 1940 y 1957 la proporción de la inversión de Estados Unidos en México colocada en las industrias manufactureras y en el comercio ascendió del 4.9 % al 58.5 %; ya a comienzos de la década 1950-60 las 25 empresas extranjeras más grandes de México eran subsidiarias de corporaciones estadounidenses. Los primeros préstamos al gobierno mexicano, provenientes de fuentes privadas en Estados Unidos, por treinta años, fueron negociados en 1948-9.

De hecho, bajo el régimen del presidente Camacho y sus sucesores en México, se ha dado precedencia al desarrollo económico tanto sobre el nacionalismo como sobre la justicia social. Y aunque el presidente Cortines, segundo sucesor del presidente Camacho, una vez más se ocupó del pequeño agricultor, y también trató de contener la resurgente marca de corrupción, no intentó revocar la política general de los presidentes Camacho y Alemán, como el presidente Camacho había revocado —deliberadamente y con éxito— la del presidente Cárdenas.

En 1956 y 1957 casi la mitad del presupuesto federal mexicano se destinó al desarrollo económico, a expensas tanto del bienestar social como de los gastos militares. Y este desembolso público ha sido proyectado, no para suplantarse a la empresa privada, sino para proveerla de los medios de comunicación y de los recursos de fuerza mo-

triz que necesita para su expansión. El presidente Camacho prometió toda clase de incentivos al desarrollo industrial y le dio un giro al sistema tributario que favorecía la acumulación de capital por parte de los industriales, mientras ponía gravámenes a los consumidores. También dio precedencia al objetivo económico de aumentar la productividad agrícola sobre el social de dotar a un máximo número de campesinos con parcelas. El Banco Ejidal había sido fundado para promover este fin social; pero parece que en 1954 el director del banco dijo que, mientras el banco hacía préstamos a cerca de un tercio de todos los ejidatarios, su política era prestar sobre la garantía de tierras fértiles, preferentemente sobre las tierras irrigadas, más bien que tomar riesgos sobre tierras pobres del tipo de las que eran mantenidas y trabajadas por la mayoría de los agricultores de subsistencia.² Como consecuencia de esta política, "la gran masa de los pequeños propietarios campesinos... y alrededor del 79 % . . . de los ejidatarios, sencillamente no se beneficia por las facilidades crediticias gubernamentales existentes y continúan siendo víctimas de los prestamistas locales".³

Como resultado de la política gubernamental durante los últimos veinte años, el gran incremento del ingreso nacional de México ha sido acompañado por una gran desigualdad, poco equitativa ciertamente, en su distribución. La mayor parte ha sido acaparada por los dueños del capital y por los grupos de más alto ingreso: esto es, por los nuevos ricos y por los niveles superiores de la nueva clase media. Los nuevos ricos no son, sin duda, numerosos, y en sus estratos inferiores la nueva clase media ha crecido rápidamente. Pero esta clase, tomada en conjunto, no alcanza aún a constituir más del 20 % de toda la población, y se ha calculado que el uno por ciento de la población absorbe el 51 % del total del ingreso nacional. Los pobres han estado empobreciéndose más, no sólo relativa sino absolutamente. En la agricultura, la

² U. Lewis, "Social Change in Latin America Today" En: *Council on Foreign Relations*, New York, 1961, pp. 318-9.

³ *Ibid.*, p. 319.

industria y la administración pública, se estima que los salarios reales han sufrido reducciones del 27 al 46% entre 1939 y 1950, y las condiciones materiales de vida de las clases necesitadas se han deteriorado. Entre 1940 y 1952 la población de la ciudad de México aumentó en un 92%; entre 1947 y 1952 la zona de barrios bajos creció del 3.8 % al 12.7 % del área total de la ciudad. Ha habido un desarrollo explosivo de la construcción desde 1940, pero ha sido en beneficio de las clases más alta y media. En 1950, el 43.2 % de la población (sin contar los niños menores de seis años de edad) era aún analfabeta. En los años 1950-1954, sólo el 47 % de los niños asistían a la escuela. La educación secundaria se desarrollaba más rápido que la primaria. En 1960, más del 60 % de la población seguía mal alimentada, mal vestida y mal albergada: más del 40 % era aún analfabeta, y alrededor del 45 % de los niños no recibía aún ningún tipo de educación.

Esta sombría situación social parece ser, a primera vista, un resultado paradójico de un sensacional aumento progresivo de la riqueza de una nación. La imposición de tal grado de injusticia social parece como si tuviera que haber sido malintencionada. Sin embargo este cuadro repulsivo no es, por cierto, peculiarmente mexicano. Para un inglés con algún conocimiento de la historia de su propio país, el cuadro es dolorosamente familiar. Es el cuadro no sólo de México a mediados del siglo veinte, sino también el de Gran Bretaña a fines del siglo dieciocho y a comienzos del diecinueve. Una odiosa injusticia social persistió en Inglaterra hasta la Primera Guerra Mundial, y yo mismo ya soy lo suficientemente viejo para haber experimentado de niño su impresión, que aún conservo vívida. En Gran Bretaña, en el curso del medio siglo que va desde 1914, ha habido una inmensa revolución social orientada hacia una mayor justicia social, y felizmente se ha realizado sin derramamiento de sangre y aún sin amargar seriamente las antiguas clases privilegiadas. Espero que un capítulo similar de la historia aguarde a México y también a los demás países, en América Latina y otras regiones, que han iniciado su revolución industrial más tarde que mi país.

Pero si es cierto que el movimiento por la justicia social es el movimiento característico y dominante de nuestra época, ¿cómo es que viene a frustrarse precisamente cuando están creándose los medios económicos para realizar sus propósitos? Estos medios económicos son indispensables; sin ellos, la visión de la justicia social permanecería como el sueño utópico que fue en los días anteriores a la aparición de la tecnología moderna. Un gran incremento de la producción económica, sin embargo, no se da gratuitamente. Su precio es el trabajo duro y la austeridad, y éstos no pueden fructificar sin la aplicación de la inteligencia y la habilidad. El trabajo duro ha de ser cosa de todas las clases de la población por igual; la inteligencia y la habilidad, también indispensable, han sido provistas, en la primera fase de la revolución industrial, por una ascendiente clase media. En dicha fase, esta clase ha sido dueña de la situación. Ha constituido el embudo de la nueva cornucopia. Así, en esta fase, la clase media ha sacado partido de su poder al absorber para sí las ganancias y asignar la austeridad a la otra clase nueva, la de los obreros industriales. Esto es inmoral. Desgraciadamente, también es humano. Afortunadamente ya ha demostrado ser una fase temporal en la historia de aquellos países que fueron los primeros en iniciar la revolución industrial. He aquí una razón que nos autoriza a mirar el porvenir con cierta confianza de que también hemos de ver pasar esta fase en otros países que han iniciado la misma revolución más tardíamente.

El problema que acabo de ilustrar con las historias actuales de cuatro países latinoamericanos no es, evidentemente, exclusivo de América Latina o del hemisferio occidental. Es un problema mundial. En el mundo entero en el pasado, los beneficios de la civilización han sido monopolizados por una pequeña oligarquía de pujantes terratenientes. Los mismos beneficios no podían extenderse a la inmensa mayoría necesitada de los miembros de la sociedad sin una revolución, que tenía que ser a la vez política y económica. Había que destruir el poder político de las oligarquías tradicionales; había que elevar el poder productivo de toda la comunidad. Ambas revoluciones han sido realizadas con éxito por una nueva cla-

se. La clase media. Sin la experiencia, la aptitud y la iniciativa de la clase media, esta doble revolución—hasta donde uno puede ver—no podría haber sido realizada. El servicio que la clase media prestó a la sociedad fue tal vez imprescindible; y la clase media ciertamente se ha otorgado a sí misma una recompensa adecuada. Se ha apropiado de la casi totalidad de la producción adicional que originó la primera fase de la Revolución Industrial; y, en consecuencia, la gran mayoría de la humanidad no ha experimentado mayormente un mejoramiento como resultado de la revolución de la clase media. Desde el punto de vista de la mayoría, lo que ha ocurrido ha sido meramente la sustitución de una oligarquía terrateniente por una oligarquía de clase media. Las esperanzas que abrigaban las masas y que los revolucionarios de clase media estimulaban han sido frustradas por la misma clase media tan pronto como echó a un lado a los terratenientes y ocupó su puesto.

El cambio de orientación de la revolución mexicana desde 1940 ha sido abiertamente proclamado por el Partido Revolucionario Institucional, único partido en el poder en México desde 1930 que se ha mantenido sin ninguna ruptura de solidaridad o solución de continuidad, a pesar del enorme cambio en su política desde el fin de la última década de la primera fase socialmente revolucionaria de la Revolución Mexicana. En 1950, el P. R. I. “descartó oficialmente el concepto de la lucha de clases y la ‘democracia de los obreros y campesinos’ en favor del ‘ideal’ de la ‘clase media’.”⁴ En junio de 1957 un comité del Senado mexicano que se ocupaba de las pequeñas propiedades rurales informó que “la reforma agraria de México... ha sido un total fracaso” y que “el caos prevalece en el campo debido a la presente anarquía en... la legislación agraria.”⁵

Este podría ser un final irónico para la historia. Pero la historia llegará a su fin sólo si la humanidad se abstiene de entregarse a un suicidio en masa. Ni el movimiento por la justicia social ni el movimiento por el incremento de la productividad económica parece probable que lleguen a detenerse. En el primer capítulo de su historia

conjunta, estos dos movimientos han estado en tensión entre ellos. La promoción de la justicia social ha sido hostil a la productividad económica y, recíprocamente, la promoción de la productividad económica ha sido hostil a la justicia social. Este conflicto, sin embargo, se ha dado en un estadio inicial, en el que las realizaciones de la humanidad han quedado aún muy lejos de alcanzar cualquiera de los dos objetivos. A la larga, en cambio, los dos movimientos son sin duda complementarios.

La experiencia ha demostrado ya que la justicia social no puede progresar mucho si no está acompañada de un aumento de la productividad económica. Si esto no es de por sí evidente, lo demuestra la historia contemporánea de México, Guatemala, Bolivia, y quizás también de Cuba. Tal vez no sea tan obvio a primera vista que la productividad económica no pueda progresar mayormente si no está acompañada de un aumento de la justicia social. Sin embargo, esto también lo demuestra inequívocamente la presente situación en México. El único capital que en último término tiene en su haber la humanidad es la capacidad humana física, intelectual y espiritual. Esta es el primer motor de las enormes fuerzas no humanas que la humanidad ha aparejado, y que nos prestan servicio solamente en la medida en que les aplicamos esa capacidad nuestra. Pero la capacidad humana es meramente potencial mientras no se le dan los medios de ejercitarse; y el medio necesario es el bienestar en el más amplio sentido de la palabra. Dondequiera una mitad de la población se halle aún constituida por trabajadores industriales y agrícolas analfabetos y miserables, una mitad de la reserva potencial de energía económica primaria de la comunidad queda sin explotar. La eficiencia económica y la justicia social, en definitiva, han de ir de la mano. No podemos tener abundancia de una sin abundancia de la otra. Nuestro objetivo unificado debería ser im-

⁴ J. J. J. Johnson, *Political Change in Latin America: The Emergence of the Middle Sectors*, Stanford, Calif., Stanford University Press. 1958, p. 149.

⁵ *The New York Times*, 25 de junio de 1957, citado en *op. cit.*, p. 15.

pulsar ambos movimientos, aparejados uno junto al otro.

Claro está que podemos fracasar en nuestro intento de lograr este equilibrio, y entonces la pena será ya la bancarrota económica como ocurre actualmente en Bolivia, o la injusticia social, como se da actualmente en México. Pero ni el uno ni el otro de estos infortunados estados de desequilibrio es probable que dure mucho tiempo. La presente situación en México ha surgido como reacción contra una situación semejante a la que impera en Bolivia. Inversamente, la revolución mexicana de 1910 fue una reacción contra una situación parecida a la actual en el propio México. Una minoría puede lograr monopolizar los beneficios de la civilización durante décadas y hasta siglos. En el Imperio Romano, la clase media consiguió sojuzgar al proletariado durante cerca de dos siglos y medio. Pero se produjo entonces una explosión social revolucionaria, muy violenta por haber estado reprimida tan largo tiempo. En la América Latina actual, la erupción ha sido momentáneamente reprimida en México y en Guatemala, pero ha estallado con fuerza titánica en Cuba.

A la luz de la experiencia pasada, me parece que está de más decir que toda vez y dondequiera que la clase media trate de obstruir el escape de la caldera social, tarde o temprano será lanzada por los aires, víctima de la explosión provocada por ella. Este es un atroz desenlace, y resulta por lo demás bien inútil para la sociedad en conjunto. A la sociedad no le conviene eliminar la clase media, porque ésta posee la experiencia y la aptitud indispensables a la sociedad en todos los campos de actividad. La alternativa es que la clase media ayude espontáneamente a la clase trabajadora industrial y agrícola a alcanzar el nivel de vida que ella posee. Dondequiera tenga éxito esta política, creará una sociedad sin clases, amalgamando dos clases, en vez de eliminar una de ellas; esto es, logrará el doble objetivo de la justicia social y de la productividad económica por el acuerdo pacífico, en vez de fracasar en la consecución de ambos objetivos al sumir a la sociedad en una guerra de clases.

Estados Unidos ha adelantado mucho, en su propia vida doméstica, en dirección a la resolución del mayor problema actual de la humanidad siguiendo estas líneas constructivas, y parece como si Europa occidental pudiera adelantar otro tanto en la misma dirección, en un futuro cercano. Por cierto, todos los géneros de vida son muy imperfectos, y la complacencia en lo propio jamás es justificable. En Estados Unidos, por ejemplo, un cinco o diez por ciento de la población está aún sufriendo la injusticia social; y la única cosa peor que ser una mayoría oprimida es ser una minoría oprimida. Una mayoría oprimida posee por lo menos la fuerza latente de su número, y, si es arrinconada, puede mostrar sus dientes y uñas. Una minoría oprimida es impotente.

La única esperanza de una minoría oprimida está en la sensibilidad de la conciencia de la mayoría próspera; y las conciencias humanas tienden a trabajar perezosamente a menos que tengan algún demonio que las incite. El demonio tradicional de la mitología cristiana ha dejado ya de convencer, aun a las mentes que todavía profesan ser creyentes. Pero, en tanto el demonio se ha desvanecido, auténticas figuras de carne y hueso se han adelantado, en el momento propicio, para suplantar a Mefistófeles y desempeñar su indispensable función. Hoy día, Karl Marx es el demonio doméstico del mundo no comunista, y Fidel Castro es el demonio doméstico de América Latina. A mi entender, su llegada ha sido oportuna. Creo que nuestro destino hubiese sido peor si estos fiscales acusadores de nuestra manera occidental de vivir no nos hubieran hecho el impensado servicio de agujonear nuestra conciencia suscitando nuestros temores.

**Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó la impresión de El Hemisferio Occidental
en un Mundo Cambiante,
en los talleres de Polymasters de México, S. A.
el día 19 de noviembre de 1978.
Se tiraron 10.000 ejemplares.**

TOMO I:

1. Simón Bolívar, CARTA DE JAMAICA. 2. Arturo Ardao, LA IDEA DE LA MAGNA COLOMBIA. DE MIRANDA A HOSTOS. 3. Francisco Bilbao, INICIATIVA DE LA AMERICA. IDEA DE UN CONGRESO FEDERAL DE LAS REPUBLICAS. 4. Arturo Andrés Roig, LOS IDEALES BOLIVIANOS Y LA PROPUESTA DE UNA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA CONTINENTAL. 5. Justo Sierra, INAUGURACION DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL. 6. Darcy Ribeiro, LA CULTURA LATINOAMERICANA. 7. José Martí, NUESTRA AMERICA. 8. Francisco Miró Quesada, IMPACTO DE LA METAFISICA EN LA IDEOLOGIA LATINOAMERICANA. 9. Juan Bautista Alberdi, IDEAS PARA UN CURSO DE FILOSOFIA CONTEMPORANEA. 10. Roberto Fernández Retamar, NUESTRA AMERICA Y EL OCCIDENTE.

TOMO II:

11. Andrés Bello, LAS REPUBLICAS HISPANO-AMERICANAS. AUTONOMIA CULTURAL. 12. Augusto Salazar Bondy, SENTIDO Y PROBLEMA DEL PENSAMIENTO FILOSOFICO HISPANOAMERICANO. 13. Juan Montalvo, OJEADA SOBRE AMERICA. Washington y Bolívar. 14. René Depestre, PROBLEMAS DE LA IDENTIDAD DEL HOMBRE NEGRO EN LAS LITERATURAS ANTILLANAS. 15. Alfonso Reyes, NOTAS SOBRE LA INTELIGENCIA AMERICANA.



RECTOR

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Jorge Carpizo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

SECRETARIO GENERAL

Dr. Efraín C. del Pozo.